



Editorial

¿Espejismos o cambio real?

IPNUSAC

El 13 de mayo pasado Guatemala cumplió 14 meses desde que entró, real y simbólicamente, en pandemia. El 13 de marzo de 2020, en medio de una expectativa mediática mayúscula, se anunció oficialmente la detección del primer caso de covid-19 en territorio nacional.

Durante estos 14 meses el país ha pasado desde medidas extremas de restricción de la movilidad ciudadana y el confinamiento cuasi carcelario hasta prácticas de liberalización y el relajamiento totales, como si aquí y en el resto del mundo no estuviese pasando nada.

Pero si ha estado pasando, y algo muy grave. La muerte de 7,845 personas¹ a causa de esta enfermedad no entraba en ninguna previsión nacional imaginable —como no fuera en alguna ficción literaria— y la siega continúa. No faltará, sin duda, quien diga o piense

que podría haber sido peor; o que comparativamente con lo ocurrido en otras partes del mundo, lo de Guatemala ha sido asunto menor.

Sin embargo la frialdad de ese regateo, asidero de un falso consuelo y de una vacía resignación, deja inalterada la realidad de familias afectadas por la pérdida de parientes que dejan grandes vacíos afectivos y, en muchos casos, la falta del pilar principal en el sostenimiento de los hogares.

Hablamos de los casos irremediables de miles de fallecidos; pero

1. Esta es la cifra de decesos oficialmente a causa del covid-19 registrados por el Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social (MSPAS) hasta el 13 de mayo de 2021, en <https://tablerocovid.mspas.gob.gt/>

también están los de quienes sobrevivieron pero tienen diverso tipo de secuelas. Al 13 de mayo, en la parquedad de sus cifras el MSPAS, hace el recuento de 219 mil 456 casos recuperados estimados; pero ¿qué significa realmente esa “recuperación”? Los dramas familiares para atender las secuelas en quienes sobrevivieron al contagio no caben en el optimismo vacío de los altos funcionarios del gobierno, pero son reales y se cuentan por decenas de miles.

¿Y qué decir de quienes perdieron sus empleos, o quienes tuvieron que cerrar sus micro, pequeñas y medianas empresas, como efecto de las medidas de contención? ¿Acaso no son también víctimas de la pandemia, aunque no hayan contraído la enfermedad? Otra vez, en su frialdad, las cifras de entidades especializadas nos dicen que en 2020 unas 581 mil personas habrían pasado a vivir en condiciones de pobreza.²

De manera silenciosa, de la mano de la pobreza en aumento, se extienden el hambre y la desnutrición. El Procurador de los Derechos Humanos informó que durante el año en curso, hasta el 10 de abril, se habían detectado 8,378 casos de niñas y niños afectados por la desnutrición aguda, y daba cuenta que tres niños y dos niñas murieron por esa causa en la primera semana de abril.³

A lo largo de estos 14 meses –en medio del drama sobre el que apenas damos unas pinceladas– la sociedad guatemalteca, como la del resto del mundo, ha sido saturada de todo tipo de declaraciones sobre la “nueva normalidad” y el “cambio” que debería ocurrir en la postpandemia.

Sin desconocer el esfuerzo y el sacrificio de las y los trabajadores de la salud que directamente han enfrentado la pandemia, dando muestras de auténtico humanis-

2. Banco Interamericano de Desarrollo (2020) *Desigualdad y descontento social: cómo abordarlos desde la política pública: informe económico sobre Centroamérica, Haití, México, Panamá y República Dominicana*. Reporte Macroeconómico 2020. Washington: BID.

3. <https://www.pdh.org.gt/comunicacion/noticias/63-21-ante-el-deterioro-de-la-seguridad-alimentaria-y-nutricional-por-los-impactos-de-la-crisis-sanitaria-el-procurador-de-los-derechos-humanos-jordan-rodas-andrade-recomienda-al-presidente-de-la-republica-declarar-de-interes-nacional-la-ejecucion-eficiente-de-intervenciones-extensas-y-profundas-a-fin-de-mitigar-un-cuadro-que-puede-configurar-una-crisis-humanitaria.html>

mo, el resto –lamentablemente– ha transformado en puro lirismo la presunta transformación que provocaría esta emergencia sanitaria global.

Vemos por todas partes cómo prevalece el afán de sacar partido de la situación, desde los arrebatos autocráticos en los gobernantes de las subsistentes repúblicas bananeras –fincas donde mandan patronos ahora armados con fuertes digitales– hasta “ingeniosos” empresarios que promueven el “turismo de la vacuna”; burla sangrienta de un sistema de desigualdad que condena a millones de

personas a sufrir la incompetencia burocrática de los gobiernos de turno, o a emigrar como indocumentadas, no precisamente para hacer turismo sino por pura necesidad de sobrevivencia.

A 14 meses de pandemia se confirma que, si ha habido cambio, éste ha sido para empeorar a quienes ya estaban mal en una sociedad enferma de egoísmo y rapacidad.

Cualquier intento de argumentar lo contrario no será otra cosa que la ya conocida práctica de vender espejismos.